

CAPÍTULO XXIII

VIAJES AÉREOS DE MM. DE FONVIELLE Y TISSANDIER

LOS ÚLTIMOS VIAJES DEL «GIGANTE»
(W. DE FONVIELLE)

ASCENSION DEL 23 DE JUNIO DE 1867



BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO

Esta ascension, primera que hacia el *Gigante* despues de su campaña de Hannover, atrajo una inmensa muchedumbre ávida de contemplar otra vez el grandioso globo, y de saludar á su ilustre capitán Nadar. Habíase oido hablar vagamente de un viaje á Holanda, de una ascension fantástica verificada entre dos mares, de un desquite del percance de Hannover interrumpido en Ostende por un viento que soplaba hácia el Océano..... y el público acudia ganoso de asistir al prólogo de un viaje heroico, digno de la Esposicion universal!

Millares de espectadores se apiñaban en los recintos sucesivos, graduados desde uno á veinte francos, que la nueva sociedad habia hecho disponer en círculos concéntricos en la esplanada de los Inválidos. Las calles inmediatas estaban cuajadas de compacta multitud mas económica que entusiasta, por mas que dé pruebas de su simpatía por la navegacion aérea con numerosas aclamaciones, que no le cuestan un céntimo.

Un tubo de gas llegaba hasta el medio de la esplanada á través de una inmensa zanja abierta en ella. Para entretener el ócio del público durante una operacion de henchi-

miento, siempre fastidiosa, se disparaban cohetes, petardos y bombas, y se remontaban globos de un metro cúbico, que producian un efecto sorprendente. Estas operaciones preliminares habrian podido servir para determinar la direccion de las diferentes capas de aire y su espesor relativo, pero en ellas no se veia mas que un espectáculo inútil, destinado únicamente á amenizar las largas horas de expectativa. Esfuérganse en entretener al público, en vez de procurar que se descorra el velo de algunos de los misterios mas interesantes de la meteorología!

Hasta las cuatro no se empezaron á reunir las mallas de la red y á cargar en el globo sacos de lastre; luego se le colocó encima de la barquilla, maniobra que es siempre de un efecto sorprendente, y que los aeronautas revisten de solemne pompa. Enganchóse en seguida la barquilla al aro, y se procedió á los últimos preparativos de la partida. Los viajeros, entre los cuales tengo el gusto de figurar, trepan á la plataforma de la casilla de mimbre, y la policía se presenta para tomar nota de sus nombres, apellidos y domicilios; mejor hubiera hecho en informarse de su peso, en interés

del viaje. Mis compañeros son M. Nadar, M. Simonin, ingeniero de minas, que casi había dado la vuelta al mundo, y M. Sonrel, astrónomo del Observatorio imperial, que preparaba por entonces una obra sobre el *Fondo del mar*. Los extremos se tocan en la atmósfera.

Hémos ya en la navecilla, pero se requiere una operación postrera: hay que deslustrarla, es decir, sacar de ella un gran número de sacos de lastre para dar al globo una fuerza ascensional conveniente; á pesar de esto, advertimos que tendremos que remontarnos sin lastre, como no se desembarque uno de los viajeros. ¿En quién se fijará la mirada inquisitorial de Nadar? Aun cuando mi redactor en jefe se halla presente para salir en favor mio, temo por mi estreno aeronáutico. Por fortuna, echo de ver una enorme estufa de cobre rojo colocada en un ángulo del puente; y aunque el *Gigante* pueda levantar un peso de 4,900 kilogramos, en lastre, equipajes y viajeros, eso de hacerle cargar con instrumentos tan pesados es tentar á los dioses del aire. Para escitar la buena fé de los observadores, aquel tubo de cobre, ideado por uno de los miembros mas activos de la Academia, contiene otros tubos destinados á recoger el aire á la temperatura del hielo fundente; pero antes que la ascension hubiese terminado, el hielo habría sido agua fria, si hubiéramos permanecido en las regiones superiores tan largo tiempo.

Para que la ciencia de la atmósfera haga verdaderos progresos, no es preciso que los experimentadores se limiten á enviar á los aires esos vigilantes de cobre, sino que *operen por sí mismos*.

Los esfuerzos de algunos centenares de soldados que pasan todas las penas del mundo para retener al *Gigante*, amenizan la partida. Estas maniobras causan una profunda emoción, y rodean el globo de la fantasmagoría de un peligro imaginario; los *dilettanti* que contemplan las ascensiones, se complacen en ver cómo pierden tierra

esos racimos humanos, como si el *Gigante* quisiera arrebatarnos hasta las nubes. Después de oscilar largo tiempo el aparato, llega el desenlace, que somos los últimos en advertir: creemos continuar aun en la tierra, cuando flotamos ya en medio de las nubes.

El temor de no poder partir, me había hecho olvidar el miedo de tener miedo, el mas terrible de todos, según dicen los soldados que se han extraviado entre el humo de la pólvora y que han oído de cerca los silbidos de la metralla.

Al poco rato se disipan las nubes, y de una sola ojeada vemos los espectadores de la esplanada de los Inválidos y los de fuera de ella. Las calles adyacentes parecen empedradas de cabezas humanas; una multitud compacta llena el paseo de la Exposición universal y el parque; ¡qué ricos serían los aeronautas si pudieran recaudar de todos los espectadores un céntimo siquiera por cabeza! Por todas partes resuenan aclamaciones simpáticas, que nos indican que los globos son todavía populares; que podemos continuar nuestro viaje, seguros de dejar amigos en tierra. Cuando un globo se remonta, no hay enemigo de la navegación aérea que no se detenga para dirigir una mirada á las nubes.

Atravesamos el espacio como una flecha, y aun no sé si ha habido jamás alguna tan rápida como nuestro globo. De pronto sentí que me caía una cosa en los hombros... un choque eléctrico.

¿Acaso se deshacía el globo? ¿Tan pronto íbamos á acabar como Faetón ó Ícaro?

—Es la cataplasma,— me dijeron con un tono que me tranquilizó, tanto mas cuanto que yo no tenía la menor idea de lo que podía ser la cataplasma; pero en lo que había caído en mis hombros no había nada que oliera á simiente de linaza. Lo ocurrido era lo siguiente: antes del henchimiento había entrado alguna arena en el globo mientras este reposaba inerte; aquella arena no había entrado por sí sola, sino arras-

trada por los pies de los aeronautas mientras miraban por transparencia en el interior del globo si había algún desgarrón que arreglar. Habiase reunido formando una pequeña masa que me escogió para bautizarme é interrumpir los ensueños que me habrían trasladado sin duda á una región mas brumosa que la que atravesábamos en aquel momento.

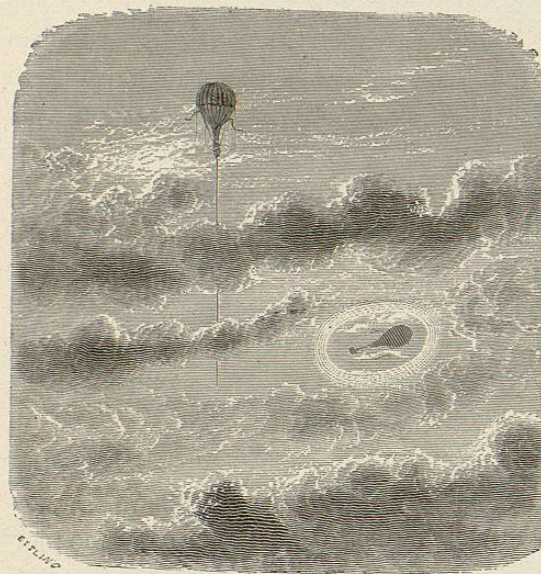


Fig. 57.—FENÓMENO OBSERVADO POR M. FLAMMARION

Las blanquizas nubes en cuyo seno nos metíamos nos ocultaron la vista de la tierra; oíamos todavía los gritos y aclamaciones de la multitud, y sin embargo, nos vemos ya obligados á descender.

La sociedad del *Gigante* no ha comprendido que aquella multitud quiere algo mas que asistir á la partida de un viaje por los arrabales de París, ó mejor dicho, le importaba muy poco cuanto pudieran decir los espectadores, por creer que su primera ganancia estaba en no pagar los gastos que pudiese ocasionar un regreso accidentado; así pues, según parece, ha impuesto á los aeronautas la absurda obligación de bajar antes de hacerse de noche, y estos se aprovechan de ello para moderar el impulso inicial.

Apenas nos dan tiempo para admirar ese día naciente que va á seguir á la aurora,

cuyos fulgores percibimos sobre nuestras cabezas. Apenas aparece el sol al otro lado de las nubes, cuando tiran de la cuerda de la válvula. El globo desciende al poco rato con suma velocidad. ¡Adios, placenteros sueños de un viaje por España!

En el primer viaje del *Gigante*, por tener demasiado peso la cuerda de la válvula habían quedado entreabiertas sus valvas, cargando los resortes con un peso que no podían soportar! Esta vez no puede apelarse á la cuerda como circunstancia atenuante, pues es una mano la que tira de ella y la que cuelga ante nosotros. Nuestra ascension, pues, no ha sido mas que un pretexto para que podamos descender. Ese gas, que tanto trabajo ha costado amontonar en la sedosa envoltura, se escapa á borbotones, á oleadas en el infinito de la atmósfera. ¡Si los espectadores que nos aplaudían frenéticamente momentos antes viesan lo que hacemos!....

No tengo derecho para quejarme, puesto que se me ha concedido la hospitalidad aérea; pero me consume la impaciencia. Sin embargo, me distraigo viendo el Briève, en cuyas riberas vamos tal vez á naufragar, después de haber soñado con el Danubio, con el Rin, con el Ródano, ó por lo menos con el Loira. Afortunadamente, se ha abierto tan pronto la válvula, que es menester moderar la caída por pocas ganas que uno tenga de no romperse las piernas; con tal precipitación la caída podría ser peligrosa. No espero que me lo ordenen y arrojo algun lastre; pero al poco tiempo echamos el ancla cerca de Choisy-le-Roy, la cual se agarra á las ramas de un manzano rompiéndolo como si fuese una paja. Uno de los costados de la casilla de mimbre choca contra una pared de piedra, y hacemos un agujero en el alero casi sin advertirlo. Las ramas del manzano que arrastramos amortiguan la velocidad de nuestra carrera: la válvula abierta continúa dando paso al gas... pronto quedaremos inmóviles.

Algunos labradores acuden con una so-

licitud digna de encomio: aquellas buenas gentes suponen que hemos naufragado, al ver que un globo tan grande descende tan cerca de su punto de partida. Su primer movimiento es lanzarse á sujetar las cuerdas, y cincuenta brazos robustos rodean al *Gigante*. Uno de nosotros salta en tierra, despues de haber hecho subir un hombre de buena voluntad en lugar suyo: corre á detener el ómnibus de Longjumeau que vé pasar, sube en él, y llega á París á tiempo de presenciar la dispersion de la muchedumbre que no se habia alejado aun del recinto de las maniobras.

No teniendo ya nada que hacer, le imitamos; llevándonos nuestros instrumentos de *parada*, que de nada nos han servido. Un gran número de campesinos acude é invade la navecilla; el globo, aunque casi vacío, presenta todavía una superficie enorme: le impele una ráfaga; la barquilla, que estaba en una pendiente, se vuelca, y los recién llegados caen unos sobre otros en confuso monton, arrojados de tal suerte por el viento de aquella casilla de mimbres hospitalaria. Cámbianse los papeles, y acudimos á salvar á nuestros salvadores. A pesar de este accidente, los espectadores no carecen de entusiasmo, y si el globo tuviese gas, se reclutaría una tripulación diez veces mayor de la necesaria entre aquella gente que nos dirige incesantes preguntas sobre nuestras impresiones aéreas.

Semejante tripulación no echaría seguramente el ancla á la vista del puerto.

SEGUNDA ASCENSION

El *Gigante* necesitó un mes para reponerse de su viaje: era demasiado hospital para tan pocas heridas. Durante este tiempo, París apareció nuevamente lleno de inmensos carteles anunciando á las poblaciones asombradas un experimento maravilloso. Yo habia jurado que Montléry no sería mi última etapa.

El día del henchimiento, el *Gigante* estu-

vo melancólicamente posado sobre el tubo de gas hasta cerca de las cuatro de la tarde; pero, desde esta hora, empezó á dar señales de impaciencia. Se le llenó tanto como era razonable hacerlo, sin que inspirara recelos de que reventase de plétora; sus vastas proporciones hacían suponer que su fuerza ascensional era mas que suficiente para un largo viaje. La barquilla no llevaba mas que seis personas, y los sábios que se quedaron en tierra no confiaron esta vez á los aeronautas su pesada garapiñera de cobre. ¡Qué motivo de seguridad, qué pretexto de esperanza!

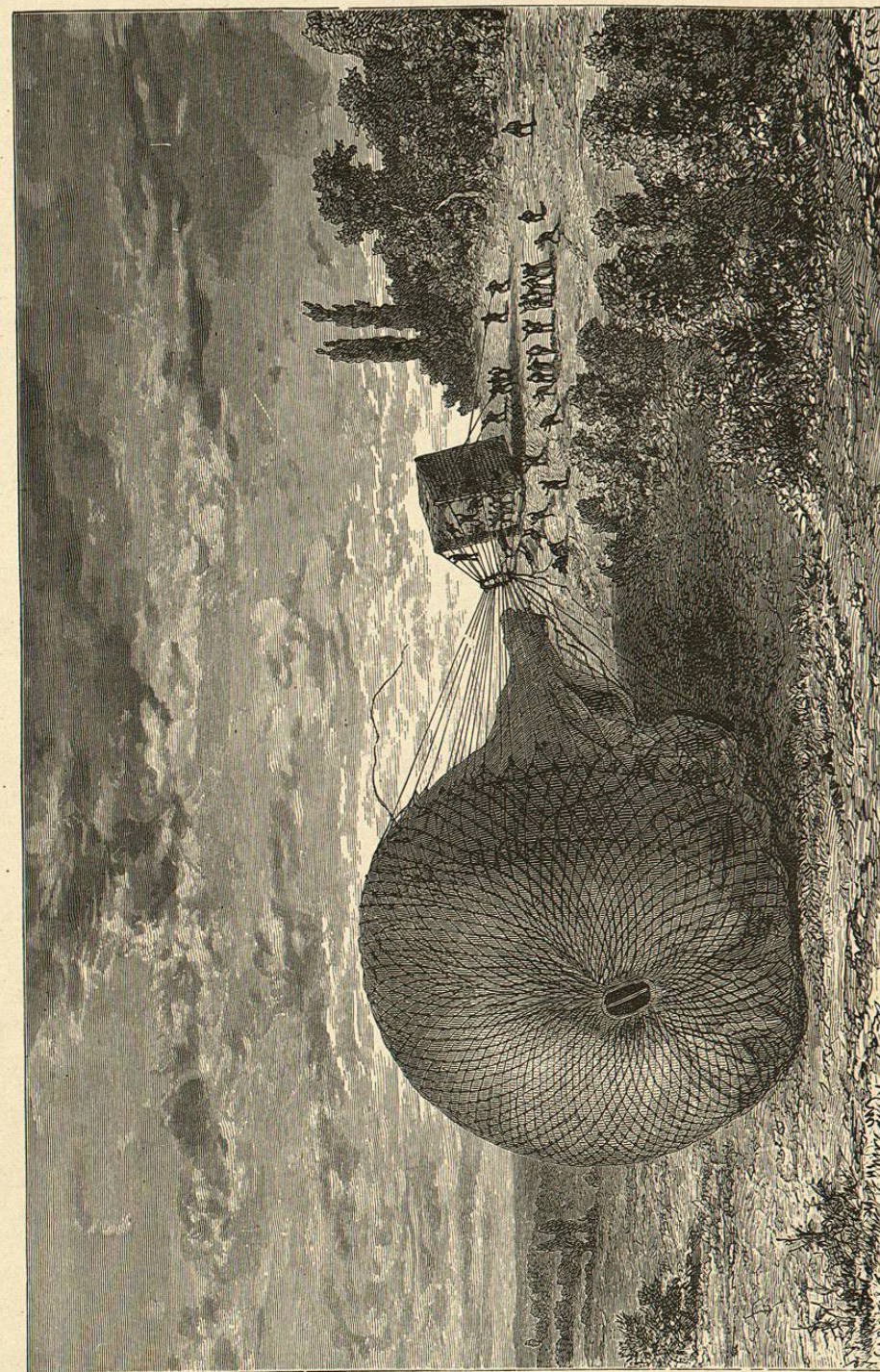
El globo está vistosamente listado; largas tiras de seda blanca, cosidas con hilo negro, le atraviesan de parte á parte, cubriendo las cicatrices de la excursion de Longjumeau. Aquellas cuchilladas hacen resaltar el color oscuro del veterano que parece lleno de ardor.

Camilo de Artois aprovecha un soplo de viento para pronunciar en alta voz el *¡soldado todo!* sacramental; pero el globo pierde sus fuerzas y está á punto de caerse.

Algunos saquillos de lastre, vaciados precipitadamente sobre la cabeza de los espectadores, producen un efecto excelente. El globo se endereza en el momento en que iba á destrozarse quizás contra los árboles de la esplanada transformados en escollo. La barquilla es la única que sufre el choque, del cual se preservan los viajeros dejándose llevar por el movimiento sin hacer hincapié: arranca alguna rama elevadas, costoso trofeo que nos llevamos á los aires.

Este incidente, que debe parecerles terrible á los espectadores que nos contemplan, excita las simpatías de la multitud, y llega á nuestros oídos una salva de nutridos aplausos.

Las casas disminuyen rápidamente; los palacios van presentando dimensiones liliptienses. No parece sino que podamos meternos en el bolsillo el palacio de las Tullerías. La columna de Vendome produce el efecto de un alfiler clavado en un ace-



LOS RECIEN LLEGADOS CAEN UNOS SOBRE OTROS